

Índice

Introducción	11
Capítulo 1. El folclore argentino, del positivismo al nacionalismo	21
Capítulo 2. La Industria azucarera de Tucumán y la investigación folclórica en el Noroeste	63
Capítulo 3. El folclore criollo en la escena nacional.....	101
Capítulo 4. El <i>boom</i> del folklore.....	143
Capítulo 5. Conclusiones	185
Bibliografía.....	191
Agradecimientos.....	199

Introducción

Posiblemente era la primera vez que Ruperto Peralta se paraba frente a un micrófono. La mujer rubia le dio una señal y el jornalero del ingenio Santa Ana de Tucumán, con voz aguda y fuerte entonó una serie de octosílabos mientras su hermano Remigio le acompañaba con caja. Al terminar, la mujer, Isabel Aretz, que había llegado de Buenos Aires con un equipo portátil de grabación, levantó la púa del disco de pasta y anotó en su libreta “vidala”, mientras que Aureliano Ibáñez, otro jornalero del ingenio se acomodaba frente al micrófono para cantar otra pieza. A la sección de grabación se sumaron Nicolás Romero y Fermín Tejeda, dos empleados de la administración, quienes ejecutaron con sus guitarras un vals, una habanera, y una zamba. Al terminar, Aretz les permitió a los ejecutantes escuchar sus voces registradas en el disco. Los trabajadores del ingenio Santa Ana se habrán asombrado de esta interrupción extraña de sus tareas. ¿Para qué querría esta señora grabarlos? Sus voces nunca aparecerían en la radio y su vida continuaría en el ingenio, cantando solo para sus amigos en los carnavales o en bailes de familia. Isabel Aretz era una musicóloga interesada en el folclore criollo del Noroeste y los trabajadores-músicos, sin saberlo, estaban tomando parte en los orígenes del Movimiento Folclórico Argentino.¹

Aretz, junto a su amiga la fotógrafa Helena Hoffman, visitó Santa Ana en 1941 como parte de un extenso trabajo de campo que las llevó en tren, auto y a lomo de mula por decenas de pueblos tucumanos, del llano a la montaña, con su equipo portátil de grabación. Las grabaciones, que no tenían un fin comercial, hoy son parte del patrimonio cultural de la Nación, y junto con los cientos de otros masters hechos por Aretz, Carlos Vega, Silvia

Eisenstein y otros musicólogos en los años cuarenta, están guardados en el Instituto Nacional de Musicología Carlos Vega. Pocos años antes otro folclorista, Juan Alfonso Carrizo había recorrido los mismos pueblos interrogando a los paisanos sobre décimas, coplas, himnos religiosos, rimas infantiles, romances y adivinanzas. Una pista lo llevaría a don Apolinario Berbel, carretero del ingenio Santa Rosa, quien le dictó decenas de canciones de antigua data. En 1943, completando el ciclo de investigación folclórica, Augusto Cortazar visitaría el carnaval calchaquí en Amaicha, Colalao y Cafayate, observando y registrando las señaladas, los topamientos, las enharinadas, los duelos de bagualas y otras prácticas ancestrales tan arraigadas como desconocidas para millones de argentinos en Buenos Aires y otras ciudades de la región pampeana.

Con la publicación de trabajos claves como los “cancioneros populares” de Carrizo entre 1928-1941, la *Música Tradicional Argentina* de Isabel Aretz, en 1946, y el *Folklore del Carnaval Calchaquí* de Cortazar, en 1949, “el Norte” terminó por consagrarse como el lugar donde las tradiciones nacionales permanecían vivas y donde residía el verdadero espíritu de la argentinidad. Este lugar especial que ocuparía el Noroeste en la construcción imaginaria de la nacionalidad había comenzado a tomar forma en la década 1890 con los trabajos arqueológicos y etnográficos de Lafone Quevedo, Adán Quiroga y Eduardo Ambrosetti y se articuló como paradigma con los trabajos de Joaquín V. González, Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones. A principios del siglo XX, intelectuales, académicos y educadores comenzaron a referirse al Noroeste y al interior en sentido más amplio como la verdadera Argentina contrapuesta a Buenos Aires, ciudad cosmopolita y desarraigada. El dualismo cultural conllevaba una valoración moral. Mientras que Buenos Aires se europeizaba, los supuestos valores argentinos se corrompían por la multiplicación de efectos disolventes. Entre estos se enumeraba el materialismo, el laicis-

mo, el afán de imitar modas europeas y, peor aún, el feminismo, el socialismo y el anarquismo. En contrapartida, el nacionalismo definía a los pobladores criollos del interior profundo, el arriero cuyano, el zafrero tucumano, la telera puntana, o el gaucho salteño como los poseedores de valores morales acendrados. Estos campesinos criollos habían conservado una sabiduría ancestral, sencilla e incontaminada, que ponía la religión católica, la protección de la familia, la defensa de la patria, y el cumplimiento de la palabra prestada, por sobre sus intereses personales. Dichos valores aparecerían reflejados en el arte anónimo que practicaban, especialmente las décimas rememoradas por los músicos campesinos. El criollismo había ya definido esos valores como propios del gaucho pampeano, el arquetipo máximo de la nacionalidad. Pero mientras el gaucho se daba por extinguido o contaminado por los inmigrantes vecinos, los criollos del interior continuaban conservando hasta el presente los valores y creencias de la “Edad de Oro” pasada, que los nacionalistas localizaban entre la Conquista española y la llegada de la inmigración a fines del siglo XIX.

El trabajo de los folcloristas académicos como Aretz y Carrizo se encargó de construir este arquetipo mientras que los folcloristas mediáticos, los educadores, los miembros de peñas y los organizadores de festivales se encargaron de difundirlo hasta convertirlo en una creencia compartida para la mayoría de la población. Pero el trabajo de los folcloristas y educadores no se limitaba a corroborar o instalar una creencia intelectual.

Este libro se propone explorar cómo el desarrollo del movimiento folclórico en la Argentina estuvo ligado en sus orígenes a los intereses económicos y políticos de las oligarquías provinciales, específicamente de la elite azucarera de Tucumán. La evolución del nacionalismo cultural siguió en parte las modas transnacionales y en parte la propia dinámica del campo cultural, pero el anticosmopolitanismo liberal que nutriera al movimiento folclórico no hubiera pasado de un nicho intelectual si

poderosos intereses como el del lobby azucarero no lo hubieran sustentado en forma constante y eficaz.

La clave para el cambio de orientación de la elite provincial fue la pérdida de poder real que supuso la aplicación de la Ley Sáenz Peña en combinación con la recesión provocada por la Primera Guerra Mundial y que siguió afectando las economías regionales durante la década del veinte. Ese contexto favoreció la adopción del nacionalismo por la misma elite tucumana que desde de la Liga del Norte hasta la caída del PAN había estado al frente del liberalismo argentino. Lo que estaba en juego además de su poder político era el equilibrio económico interregional en que se sustentaba su prosperidad. En términos económicos el liberalismo ensayado por la Liga de Gobernadores en la década de 1870 y el PAN desde 1880 era decididamente heterodoxo. Si bien abría las puertas a la importación de bienes manufacturados y el capital extranjero también creaba regímenes especiales de protección para un número de producciones regionales destinada al mercado interno, como el vino, el azúcar, la yerba mate y el algodón. El gobierno central daba protección a esta industrias debido a las condiciones estructurales que la perjudicaban (fragmentación de la propiedad, ciclos meteorológicos adversos, altos costos de flete, descapitalización), pero antes que nada porque necesitaba los votos puestos a disposición por las elites provinciales. La protección perjudicaba a los consumidores del litoral pero garantizaba la estabilidad de la alianza oligárquica interprovincial. La caída de esta alianza en el período 1912-1916 puso a las elites conservadoras provinciales en estado de alerta. Los intereses electorales del radicalismo y el socialismo concentrados en el electorado urbano amenazaba con borrar de un plumazo la protección otorgada por el PAN a las agroindustrias orientadas al mercado interno. Las elites provinciales ensayaron estrategias de todo tipo para mantener el margen de ganancia de sus negocios, entre éstas la adopción del dis-

curso nacionalista que anteponía los intereses provinciales por sobre los de Buenos Aires.

En el primer capítulo de este libro se explica de qué manera el folclore como disciplina académica estuvo íntimamente ligado al nacionalismo reaccionario desde sus orígenes en la Europa romántica. La profesionalización del folclore y la adopción de una pátina positivista durante la segunda mitad del siglo XIX no logró borrar del todo la creencia en la existencia de un espíritu que distinguía a cada nación y que se transmitiría a través de las tradiciones orales. En la Argentina, el folclore estuvo ligado en sus orígenes a exploradores científicos identificados con el proyecto de construcción del estado-nación capitalista. Estos científicos estaban más interesados en descubrir, indexar y almacenar información acerca de los recursos naturales y humanos a explotar que en descubrir el espíritu nacional. Por otro lado, los liberales cosmopolitas asociados a ese proyecto concebían la nación como un contrato social entre ciudadanos racionales sin importar el bagaje cultural de cada uno de ellos. Con esta premisa, el saber metódico sobre las culturas criollas del interior, cuyo asentamiento se remontaba al periodo colonial, correspondía más a una disciplina integrada en donde la arqueología, la historia y la observación etnográfica se superponían. Esas comunidades eran reliquias vivientes, curiosidades históricas que debían ser estudiadas, pero no tenían valor como eje cultural de la nacionalidad. Fueron las condiciones económicas y políticas las que en la década del 1910 hicieron que esos conocimientos etnográficos se convirtieran en folclóricos, es decir que los sujetos humanos de esas culturas locales pasaron de ser objetos de curiosidad etnográfica para convertirse en el auténtico pueblo argentino.

Este proceso discursivo implicaba reevaluar el lugar que correspondía en el complejo cultural de la nación a trabajadores rurales empleados en las industrias regionales. No es sorprendente entonces que los azucareros tucumanos se hayan puesto al

frente de las políticas culturales que favorecían la valoración de estos trabajadores. Proteger las fuentes de trabajo de esos campesinos criollos significaba defender las fuentes mismas de la nacionalidad. Así varios barones azucareros dirigidos por el incansable Ernesto E. Padilla subvencionaron la formación de un movimiento folclórico complejo que incluía investigación académica, difusión artística y educativa. Como se verá en el segundo capítulo, la injerencia de los industriales azucareros estuvo detrás de cada estudio importante sobre el folclore criollo, dándole a los folcloristas apoyo político y económico para su investigación y publicación e influyendo en las políticas del Estado que impulsaron el estudio del folclore en las escuelas. Esto explica en parte la preponderancia del Noroeste en la formulación del canon folclórico. Cuyo, cuya elite vitivinícola también participó en la promoción de la cultura local, le siguió en términos de investigación y promoción del folclore local. Justamente, la fiesta de la Vendimia, instituida en 1936, no tardó en convertirse en modelo de las fiestas regionales para todo el país, uno de los ámbitos más eficaces en la difusión del folclore. Los intereses yerbateros, por su parte, intentaron no tanto nacionalizar la cultura de los productores, sino en nacionalizar el mismo consumo del mate, que hasta la década de 1920 era más concebido como práctica pan-rioplatense que algo propiamente argentino. En todos los casos, la composición de un cuadro de caracteres y prácticas definidas como propiamente argentinas se desarrolló no tanto como efecto del proceso de formación nacional fomentado por el Estado central, sino como irrupción de elites e intereses económicos regionales en peligro de perder el principio de solidaridad interregional que protegía sus negocios.

La idealización de la vida y cultura del campesino criollo no tardó en salir del molde pergeñado por los sponsors conservadores. En la década del treinta, el nacionalismo cultural pasó de ser monopolio de la elite conservadora provincial (y parte de la ra-

dical) para convertirse en bandera del nacionalismo popular post-yrigoyenista (y proto-peronista) como los intelectuales de FORJA e incluso de sectores del partido comunista que buscaban modelar su discurso a las condiciones del país. Es así que conservadores, nacionalistas-católicos, nacionalistas-populares, y algunos comunistas terminaron coincidiendo en el plano discursivo con la idealización del paisano criollo del interior como modelo de nacionalidad y brindar su apoyo a la difusión del folclore. Los conservadores del gobierno de la Concordancia 1932-1943, los militares nacionalistas, y el gobierno peronista adoptaron medidas específicas para impulsar el estudio y la difusión del folclore a nivel nacional, que fueron seguidas desde la sociedad civil con gran entusiasmo. Los únicos que quedaron fuera del paradigma romántico-nacionalista fueron los pocos liberales cosmopolitas que en los años treinta seguían defendiendo un modelo cívico de nación basado en principios ilustrados supuestamente universales (lo interesante es que la mayoría de éstos pertenecían a las distintas ramas del partido socialista).

Los artistas folclóricos, desde Andrés Chazarreta a Atahualpa Yupanqui, podían tener diferentes posiciones políticas, pero en general coincidían con el modelo romántico articulado por los folcloristas académicos y otros intelectuales. El folclore musical comenzó a tomar forma en el medio radiofónico, afianzándose a lo largo de la década del treinta y comienzos de los cuarenta como el principal competidor del tango. El gobierno conservador se sumó al apoyo al folclore influenciado por el lobby azucarero, pero el apoyo corporativo al folclore en radio era mucho más variado incluyendo empresas nacionales y multinacionales que competían por el mercado interno anunciando sus productos en radio. Asociar marcas con la cultura criolla era una forma de penetrar ese mercado sorteando la antipatía popular creciente con respecto al capitalismo concentrado y transnacional. Así *Jabón El Gaucho* auspiciaba el programa

del “Gaucho Ochoa” –lo cual no parecería incongruente si no fuera por que *Jabón El Gaucho* era una marca de la compañía Swift del Río de la Plata, es decir de la firma de Chicago propietaria de uno de los grandes frigoríficos de Beriso–. Sin que cambiaran substancialmente los sponsors, el gobierno militar de 1943 y luego el peronismo, reforzaron la presencia radiofónica de esos artistas. Así, el gobierno peronista, los azucareros tucumanos, los bodegueros cuyanos, el partido comunista, Swift y sellos radiofónicos variados se encontraron promoviendo el folclore criollo a un mismo tiempo. Esta es una de las tantas incongruencias que jalonan la historia del movimiento folclórico y que continuarían en las décadas siguientes. Pero esta incongruencia no era necesariamente una debilidad, al contrario, puede decirse que justamente la variedad de ideologías, sectores económicos e intereses políticos que acompañaban el surgimiento del folclore contribuyeron a su fortalecimiento y a su capacidad de supervivencia a lo largo de más de medio siglo de cambios políticos y económicos constantes.

En este trabajo se considera al movimiento folclórico como un fenómeno complejo y polifacético que reunía intelectuales, investigadores, artistas, educadores, funcionarios, empresarios, productores y simples ciudadanos de orígenes e intereses no solo diversos sino también contrapuestos. El movimiento se dividía al menos en tres áreas fácilmente distinguibles: el folclore académico, estrechamente ligado al educativo, el artístico, especialmente la música de raíz folclórica, y el asociativo, que incluía las peñas, círculos criollistas y distintas asociaciones civiles encomendadas al estudio y difusión del folclore. Estas distintas áreas se superponían y se reforzaban mutuamente coincidiendo todas en el objetivo de defender las costumbres nacionales. Más allá de los matices, facciones, y esferas de actividad, todos los involucrados en el movimiento folclórico, desde los periodistas, escritores, productores artísticos, investigadores académicos y funcionarios

de gobierno coincidían en idealizar a los habitantes pobres de las campañas de origen criollo como el arquetipo de argentinidad.

Irónicamente, quienes no formaban por lo general parte de este movimiento eran los mismos sujetos del folclore. Me refiero a los miembros de las comunidades criollas mencionadas en decenas de composiciones quienes bailaban zamba no porque la aprendieran en la escuela o una academia. Ellos eran interrogados, fotografiados o grabados por los folcloristas; sus costumbres, pesares y paisaje circundante evocados en canciones; sus rostros reproducidos en pinturas, producciones cinematográficas, y manuales de texto; sus vestimentas imitadas en disfraces para turistas o fiestas escolares. El significado de ser argentino cambiaba de acuerdo a los discursos políticos dominantes y los modelos de país que se sucedían de acuerdo a las tendencias y presiones transnacionales, pero el significante se mantuvo estable. Éstos criollos rurales del interior, sobre los que se predicaban tantas virtudes y proezas diferentes, se les dejaba poco espacio para ser sujetos de su propio destino.

Notas

¹ Nota sobre uso ortográfico: en este libro el término “folclore” y sus derivados aparece en ortografía española moderna –reemplazando la “k” por la “c”–. Se respetan, sin embargo, los casos de nombres de instituciones o títulos de publicaciones que utilizan la antigua ortografía inglesa.

El folclore argentino, del positivismo al nacionalismo

En 1910, al tiempo que el país celebraba el primer centenario de la Revolución de Mayo, la alianza interprovincial de familias terratenientes comenzaba una lenta retirada del poder que había usufructuado por cuarenta años. Las décadas de dominio oligárquico fueron, en su mayor parte, tiempos de fuerte crecimiento basados en un tácito pacto interregional que asignaba a la región pampeana un perfil agrícola-pastoril exportador mientras que la periferia del interior, Cuyo, el Noroeste, Chaco y el Noreste desarrollarían industrias primarias destinadas al mercado interno. El ocaso de la oligarquía fue acompañado de un fuerte debate político e ideológico en el que se discutía el futuro del país. Mientras que el radicalismo pugnaba por reformas institucionales, los socialistas por reformas laborales y los anarquistas por la revolución, las elites del interior temblaban ante la perspectiva de que el cambio de régimen archivara el modelo proteccionista que los había cobijado. En ese contexto, el resurgimiento del nacionalismo romántico a nivel mundial impactó en el país dándole cauce discursivo al malestar de la oligarquía. El Movimiento Folclórico Argentino anidó en los resquicios de este giro ideológico de la elite, combinando y resignificando distintas tendencias precedentes.

Entre ellas, el criollismo en el campo del espectáculo, la etnografía positivista en el ámbito académico, el culto escolar a la patria y el clericalismo antiliberal contenían elementos nacionalistas dispersos que eclosionaron en un discurso coherente alrededor de 1910 y, a su tiempo, alentaron el surgimiento de un folclore nacional. El trabajo de síntesis correspondió a los escritores

de la Generación del Centenario con fuertes lazos con las elites del interior liderado por Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez quienes articularon una crítica global al liberalismo cosmopolita de la Generación del Ochenta –obviando mencionar el pragmatismo proteccionista que coexistía con el libre-cambismo–. El blanco favorito de la crítica nacionalista fue la política inmigratoria. De acuerdo a los tradicionalistas la inmigración masiva había corrompido la pureza del alma nacional trayendo consigo materialismo, avaricia, y socialismo al tiempo que había disuelto la nacionalidad en un archipiélago de culturas foráneas. Como contrapartida, este grupo proponía recuperar las culturas criollas del interior entre las cuales el alma nacional se habría preservado intacta. Mientras que el problema económico de fondo era el mantenimiento de la protección de las oligarquías provinciales, el tradicionalismo que apoyaba a esas oligarquías planteaba principalmente cuestiones culturales y sociales, acusando a la migración y el cosmopolitanismo como causas de la supuesta decadencia nacional.

El nacionalismo romántico

La disciplina folclórica, tal como fue adoptada en la Argentina, aparecía como una aliada natural del tradicionalismo derechista. Esto se debe a que el folclore como área de conocimiento se desarrolló en Europa durante el siglo XIX al calor de la lucha entre partidarios del antiguo régimen, por un lado, y la Ilustración francesa, el liberalismo burgués y el socialismo, por el otro. En esta disputa secular y transnacional, el folclore surgió como arma intelectual del sector conservador llevando por tanto una marca de nacimiento de carácter fuertemente reaccionaria heredada del romanticismo alemán de fines del siglo XVIII. En aquel período, el redescubrimiento por parte de las elites alemanas del

mundo rural, la idealización del campesinado y de la cultura autóctona emergió como reacción a los principios pretendidamente racionalistas y universalistas de la Ilustración. Desde esos orígenes, los sectores conservadores y clericales de otros países europeos y luego de América Latina aprendieron a valorar la cultura rural como un bálsamo contra los malestares producidos por la modernidad, incluyendo los desafíos concretos a su monopolio de poder lanzados por el secularismo y el socialismo.

El punto de partida del romanticismo fue la definición del concepto de “*volk*” o “pueblo auténtico” por el filósofo prusiano Johann von Herder. Según Herder, el pueblo alemán auténtico existía solo en las pequeñas comunidades de campesinos, artesanos, leñadores, mineros, y pescadores. Aunque los trabajadores manuales predominan en esta lista, la definición de Herder no está basada tanto en un criterio de clase sino de localización geográfica. Propietarios no absentistas, burgueses de pueblo y el bajo clero podían ser parte del *volk* si cumplían con un requisito fundamental de mantener una relación directa con la naturaleza y con las tradiciones ancestrales del pueblo alemán. En relación opuesta a ese pueblo auténtico se encontraban los pobladores de las ciudades sean ellos intelectuales, nobles absentistas, burgueses o trabajadores industriales y plebe urbana. Herder, así como Fichte y von Savigny, creían que en las tradiciones orales del pueblo se conservaban los conocimientos, los valores y creencias de las antiguas tribus germánicas, el espíritu originario del pueblo alemán. Este alma colectiva conectaba a la nación alemana moderna con sus antepasados pre-cristianos e incluso pre-romanos y nutría la identidad común de una nación que carecía aún de un estado unificado. En contraste con el humilde y austero pueblo rural, los alemanes ciudadanos de Berlín, Hamburgo o Frankfurt –fatuos y avaros si ricos, anárquicos y pérfidos si pobres– estaban más interesados por las ideas francesas y en los placeres mundanos que la defensa de la patria. El nacionalismo

romántico se erigió explícitamente como contrapeso a la modernidad cosmopolita y al racionalismo, conteniendo en forma embrionaria casi todos los elementos del discurso fascista, inclusive el componente antisemita.

En el campo del folclore propiamente dicho, los hermanos Guillermo y Jacobo Grimm, famosos por su colección de cuentos infantiles, formaban parte de este proyecto cultural y político y compartían los principios del nacionalismo romántico. Discípulos dilectos del filósofo y jurista von Savigny, los Grimm enfocaron su celo nacionalista recogiendo y publicando el folclore alemán. Hacia 1830 los hermanos Grimm se habían ya convertido en celebridades gracias a su best-seller *Kinder und Hausmärchen*, (*Cuentos hogareños y de niños*). Con *Caperucita roja*, *Blancanieves*, *La bella durmiente*, *Hänsel y Gretel*, entre otros, los hermanos Grimm sacaron el folclore del gabinete del anticuario y lo convirtieron en una disciplina vibrante que atraía tanto a artistas e intelectuales como a padres y educadores. Coincidentemente, el romanticismo alemán iba ganando fama internacional y convirtiéndose en modelo para intelectuales de otros países interesados en liderar los procesos locales de formación nacional.

Siguiendo a los hermanos Grimm, el inglés Williams Thoms, inventor del término *folk-lore*, y el finlandés Julius Krohn le dieron un mayor peso académico a la disciplina. Para la segunda mitad del siglo XIX, el folclore era considerado ya una ciencia, que siguiendo el modelo las ciencias naturales buscaba descubrir, clasificar y ordenar especímenes, en su caso especies tales como cuentos, danzas, creencias y prácticas rituales. El medio donde se desarrollaban estos fenómenos era las “sociedades folk”, es decir pequeñas comunidades donde todos sus miembros se conocían unos a otros, donde la creación artística era anónima, los conocimientos se transmitían principalmente en forma oral, y donde la vida diaria seguía siendo regulada por la tradición y formas no-industriales de producción. Los folcloristas científicos estaban

pues interesados en las “supervivencias” culturales que se mantenían vivas entre estos grupos aislados, de la misma forma que los paleontólogos y geólogos se interesaban por los restos dejados por las distintas etapas de la historia natural.

Pero aunque en términos metodológicos el folclore de segunda mitad del siglo XIX se alejó de sus orígenes románticos, el germen de las ideas reaccionarias subsistió por debajo de la metodología científica. Observando el tipo de fenómeno que circunscribe el campo de investigación folclórica se puede deducir que la tarea de la etnografía y el folclore se superponían. La diferencia estaba en el tipo de sociedad tradicional que una y otra disciplina elegía para su estudio. Mientras que la etnografía observaba las prácticas y creencias de sociedades “salvajes” es decir habitantes de territorio de colonización, especialmente no europeos, los folcloristas estudiaban fenómenos similares pero entre comunidades ubicadas dentro del territorio nacional y racialmente indiferenciada de la población en general. Esta tarea de recolección se dio en el contexto de la unificación de esas distintas comunidades dentro de un estado unificado que efectivamente recortaba la autonomía económica y política de las comunidades locales. En esto, el folclore no hacía sino seguir los objetivos de las otras ciencias positivas. De igual manera que los naturalistas inventariaban la flora y fauna “nacional”, los historiadores catalogaban los archivos de la “historia patria” y los geógrafos construían el mapa del territorio, los folcloristas salían al campo en búsqueda de las tradiciones que acreditaban la antigüedad de la nación, aspecto fundamental del reclamo de soberanía. La tarea del folclore estaba pues enlazada a la construcción del estado moderno y capitalista pero siguiendo un concepto puramente romántico –y por tanto irracional– que asignaba a esas sociedades folk la categoría de “auténticamente nacional”.

Los folcloristas positivistas no parecieron percatarse de lo incongruente de esta posición. En la segunda mitad del siglo XIX

en Europa y América, el proceso de formación de los estados-naciones modernos, es decir capitalistas, se caracterizó por el esfuerzo de las elites transnacionales por uniformizar el complejo cuadro de sociedades y economías locales subordinados al estado central. Esta homogeneización implicaba la asimilación de las culturas locales a un supuesto estándar nacional –generalmente pautado por la sociedad y región dominante–. Las áreas rurales, incluso las más aisladas, se vieron sujetas a decisiones tomadas desde los centros financieros y políticos y generalmente privadas de sus recursos naturales. El mercado nacional, en nombre de la eficiencia y ayudado por los nuevos medios de transporte, arruinó a una gran parte de los pequeños productores locales convirtiéndolos en mano de obra itinerante y emigrante.

Paradójicamente, al mismo tiempo que las comunidades locales perdían control sobre sus recursos naturales y mano de obra, folcloristas, artistas y escritores se apropiaban simbólicamente de dichas comunidades etiquetándolas como último reducto de la verdadera nacionalidad. En realidad los folcloristas no hacían sino replicar en el terreno intelectual la acción colonizadora interna del Estado y las corporaciones capitalistas. Haciendo que las tradiciones locales se transformen en mercadería simbólica no solo en forma de antigüedades curiosas sino como manifestación del espíritu ancestral de la nacionalidad. Michel De Certeau llamaba a esta disciplina, que a un tiempo celebraba y suprimía las culturas rurales, “un culto castrante de lo popular”.¹ Como señala el historiador alemán Uri Linke, los folcloristas idealizaron la vida rural sin preocuparse por los problemas de la pobreza y el aislamiento en que vivían los campesinos. Esta idealización del campesinado se hizo más pronunciada a medida que el proletariado urbano se radicalizaba. Por tanto, el folklore, con su idealización nostálgica de la vida rural y de la estructura social preindustrial, era funcional al proceso de formación del estado-nación moderno.

A fines del siglo XIX, cuando los estados europeos estaban reclutando millones de campesinos para el servicio militar obligatorio, no debería sorprender que los grupos reaccionarios nacionalistas celebraran la masculinidad rural. El campesino varón, antes reprobado por su falta de civilidad, se convirtió en poseedor de una sabiduría natural, esencialmente conservadora y una piedad sencilla que ignoraba especulaciones abstractas y utopías modernistas. Estos héroes anónimos del pueblo rural eran el contraejemplo de los nobles refinados, y por tanto “afeminados”, de los revolucionarios radicalizados y de las minorías étnicas transnacionales, es decir de los judíos. La aplicación positiva de la categoría *volk*, no era sin embargo tan sencilla. Los estados europeos eran resultado de historias complejÍsimas de consolidación dinástica, que incluía comunidades de tradiciones, idioma y religión muy diversos. Elegir cuál de ellas era considerada puramente “francesa” o “belga” era una definición principalmente política que reflejaba los intereses de los sectores que controlaban la producción de conocimiento. El folclore, positivista o romántico, por tanto, no tenía mucho de ciencia antiséptica y objetiva y con ese bagaje ideológico y metodológico arribará a la Argentina en el período de desarrollo agroexportador.

Folclore y positivismo en la Argentina

En la Argentina y América Latina los primeros estudios folclóricos también coincidieron con la formación del estado-nación en un contexto de capitalismo dependiente y de predominio ideológico positivista. Si para los constructores de las naciones europeas la definición de su *volk* respectivo presentaba no pocas dificultades de este lado del Atlántico la situación era infinitamente más complicada. Cada país americano presentaba un complejo de sociedades superpuestas resultado de olas sucesivas de conquista,

colonización y apropiaciones territoriales. En el caso argentino la superposición de comunidades ancestrales y de colonización reciente era especialmente compleja. Por un lado existía una constelación de comunidades criollas distribuidas en el territorio de las antiguas “trece provincias”. El Norte, Cuyo, el litoral pampeano y el Noreste constituían regiones con sus respectivas culturas criollas diferenciadas. En cada una de estas constelaciones predominaban linajes culturales que remitían a pueblos originarios diferentes, a su vez interrelacionados con áreas más amplias: el mundo andino, el amazónico, el Mapuche. La influencia africana se manifestaba en forma variable también de acuerdo a la predominancia de esclavitud rural, en general asociada con las estancias jesuíticas. Migraciones internas (desde Santiago del Estero a la región pampeana y de las ex misiones guaranícas al resto del litoral) más la continua circulación de paisanos debido a las aventuras militares y las relaciones comerciales tendieron, si no a homogeneizar, al menos a interconectar los distintos núcleos criollos. La apropiación de territorio acometida por el gobierno nacional entre 1865 y 1885 incorporó forzosamente una nueva constelación de comunidades tradicionales originarias. Entre ellas se encontraban grupos que habían resistido la conquista española y argentina como los Mapuches y los distintos pueblos Chaqueños, más otros alejados del contacto colonial como los Selknam. Otros pueblos originarios y criollos que ya habían estado dominados por países vecinos pasaron a quedar bajo dominio de Buenos Aires, este fue el caso de campesinos de la puna. El desarrollo económico en las nuevas áreas conquistadas también atrajo poblaciones criollas vecinas desde Chile, Paraguay y Brasil. Este cuadro quedó en proceso de mayor complejidad con la inmigración europea masiva que afectó tanto al litoral pampeano como a los territorios conquistados. Todo esto hizo más problemática la definición de qué sociedad tradicional rural representaría a la auténtica nación argentina.